

da año no el nacimiento de Gardel, sino su muerte, pues a su parecer uno es del lugar donde muere, lo que allí ocurrió en un desdichado accidente aéreo en 1935.

Y las percepciones ciudadanas de un continente pueden seguir sin fin. Verdaderos o falsos, no importa. Se construyen en la memoria ciudadana como ciertos. Rigen comportamientos sociales, identifican comunidades, generan batallas entre seguidores de las mismas causas, vislumbran el futuro. Poseen en común que son fantasías ciudadanas nacidas al calor de la fricción social y poco a poco se convierten en hecho público. La ciudad desde estas visiones pasa a ser un efecto imaginario de sus ciudadanos. Por ello los distintos caminos para dibujar esos mapas de afecto ciudadanos han de orientarse hacia su captación emocional. Si un sujeto siente un olor inexistente es interés de la psicología individual, pero si la fantástica sensación es colectiva rebasa las fronteras íntimas y entra en el campo de las culturas ciudadanas. Sus imaginarios urbanos.

### Desmaterialización

Los imaginarios no son entonces sueños ni puras fantasías. Mientras los sueños son nocturnos y arqueológicos y por tanto miran hacia atrás, los imaginarios se ponen de cara al futuro y lo visionan a su manera. Pensar al ser *in futuro* corresponde a una concepción digamos pura por fuera de discusión realista. Sin embargo el ser *in futuro* sí aparece en formas mentales. Decir, como lo evidenció el lógico norteamericano Ch Peirce, que el futuro no influye el presente es una doctrina insostenible. "Equivale a decir que no hay causas finales, o fines". Los imaginarios llevados al estudio urbano contemporáneo averiguan para dónde sentimos que vamos. En este caso se da la vuelta a la ciudad de los arquitectos para mirar su otro lado, los habitantes. Estos estudios parecen fortalecerse a la par con una

**Verdaderas o falsas, no importa. Las percepciones se construyen en la memoria ciudadana como ciertas, rigen comportamientos sociales y poseen en común que son fantasías nacidas al calor de la fricción social y se convierten en hecho público**

tendencia a la "desmaterialización de la ciudad" o mejor dicho de su ser urbano. Urbanizar las ciudades significa cada vez más atender un efecto que viene desde afuera, desde las tecnologías, los medios, los saberes. La ciudad visible, de los mapas, de los edificios, de límites geográficos, es absorbida por la invisible, de las bases de datos, de las interacciones virtuales, de los croquis. La Telépolis o ciudad a distancia (de la que hablan autores como M Castell o J. Echavarría) ya no se ve. Entre Polis y Telépolis se agranda la diferencia. Y es justo en ese momento que la ciudad imaginada cobra su estratégico valor. Si la ciudad se ve pero su urbanización es invisible nuestras acciones de vida urbana son cada vez más de naturaleza imaginada.

Vivimos seguramente una primera vez en la historia donde ser urbanos no significa vivir en la ciudad. Mientras la ciudad se desconcentra lo urbano se vigoriza. De ahí lo discutible del pegajoso concepto de "no lugares" del sociólogo francés. M. Auge pues sigue pensando en espacios físicos ciudadanos, tradicionales y estacionados, para concedernos la condición de urbanos, cuando la contemporaneidad los temporaliza, desde

el tránsito, desde la acción entre sujetos y entre sus mentes cohabitadas mutuamente sin establecerse en algunos "lugares" específicos. Tal vez sea esta la mejor manera de aceptar por evidencia la existencia de las sociedades del conocimiento en las cuales vivimos.

### Escalas cromáticas

Al someter a consideración de varios ciudadanos de 12 ciudades de América Latina y de España grandes temas urbanos (con técnicas estadísticas cualitativas como de análisis visuales) se revelan visiones colectivas, algunas comparadas como escalas cromáticas o miedos. Frente al color, digamos, surge que la mitad de las ciudades se imaginan gris, lo que bien se relaciona con la sensación de miedo dominante en el mismo número de ciudades, pero no con gustos musicales que más bien corresponde a ritmos tropicales o roqueros que no caben dentro del paradigma cromático del gris. Si seguimos las pistas de la inseguridad en sus imágenes callejeras podemos visualizar estas sensaciones en sitios como las fachadas de las viviendas en Caracas, en las cuales abundan rejas de metal para protegerse de los posibles atacantes. De allí nació el personaje urbano apodado "Hombre araña": para evitar que robasen en el primer piso se le puso reja; luego se repitió lo mismo en el segundo y así sucesivamente. Pero el "Hombre araña" se ha servido de las mismas rejas para escalar y hurtar, por ejemplo, un televisor del último piso y bajarlo por estas escaleras de seguridad.

Otros imaginarios del miedo se refieren al centro de las ciudades cada vez más imaginados "como perdidos". En Barcelona se discute si la impresionante presencia de visitantes no ha desplazado a sus ciudadanos para hacerlos turistas de su propia urbe; a su vez en la mayor parte de las ciudades latinoamericanas sus centros históricos y tradicionales se sienten desatendidos. En Montevideo la *Ciudad vieja* apenas se

piensa como City bancaria, en Quito su centro histórico sirve como dormitorio de ciudadanos marginales varios de ellos de comunidades indígenas; en Caracas ya se habla en lenguaje cotidiano de "ruinas" donde quedaban las pompas torres del hotel Hilton. Al preguntar en México DF sobre a qué lugares de la ciudad llevaría a pasear a familiares que vinieran de provincia aparecen mencionados con una alta intensidad sitios céntricos como El Zócalo y la Catedral Metropolitana, los mismos que muestran las fotos de prensa o las postales. O sea la iconografía urbana sí mira al centro. Pero en contraste éste se desocupa y el crecimiento de su población es negativo convirtiéndose en lugares de paso propios del día pero solitarios y sospechosos en la noche. Tal pareciera ser entonces que el proceso de urbanización en Latinoamérica aleja cada vez más a la ciudad de su centro mientras este adquiere mayor relevancia a nivel simbólico.

Para terminar digamos que las identidades urbanas seguirán siendo parte de una teleología evolutiva y que entre lo tético y lo inconsciente hay fuertes vínculos: los imaginarios son parte de este propósito colectivo. |



PACO SANCHIDRIAN

## Annual

De la guerra del Rif, esa sangrienta contienda que opuso un puñado de guerrilleros a una armada desbaratada de europeos, los recuerdos inundan las memorias de mi extendida tribu

### ALI LMRABET

Comenzó en julio de 1921 después de que una docena de jefes de tribus rifeñas preocupados por la penetración en sus dominios de un general chulo llamado Manuel Fernández Silvestre nombraran a uno de los suyos, un tal Mohamed Ben Abdelkrim Jattabi, miembro de la poderosa tribu de los Ben Ouriaguél y antiguo juez musulmán en Melilla, "amghar", o jefe supremo de la resistencia. El que será conocido mundialmente como Abdelkrim no fue el detonante de la rebelión de las masas pauperizadas del Rif sino el que las condujo hasta cimas jamás igualadas de autogestión y organización militar.

La guerra comenzó con una brutal masacre. Annual fue un auténtico matadero de mancebos peninsulares comandados por un incompetente general cuyos cojones habían sido jaleados días antes por el rey Alfonso XIII en un célebre telegrama. El alto oficial, que terminaría como el general norteamericano Custer frente a los Sioux, se había adentrado sin muchas precauciones en la boca del lobo con la única protección del famoso mensaje real que decía, entre otras amabilidades, "¡Olé! los cojones".

Pero no fueron los hijos de los terratenientes españoles los que perdieron sus atributos sexuales en Annual, en Monte Arruit y en tantas otras aldeas rifeñas convertidas en cementerios a cielo abierto. Los que padecieron los pacos, los francotiradores rifeños cuya puntería era mortal, y la emasculación, otra práctica guerrera de mis antepasados, fueron los hijos de otro pueblo tan desgraciado como el rifeño.

Mi abuelo Abdallah, el veloz "Chtaia" de los Beni Guemil, participó en la guerra. No como guerrillero como lo será Haddú el hermano de Taimunt, sino como "enlace". Requerido por el hermano de Abdelkrim, el "Ingeniero" M'hamed,

"Chtaia" sirvió de mensajero y de hombre de secretos transmitidos de boca a oreja. Saltaba de monte a frente, fijaba citas a los destinatarios de sus confidencias en posadas poco recomendables y visitaba las ciudades únicamente cuando caía la noche. Su actuación en la guerra no estuvo manchada de sangre porque aunque llevaba siempre un máuser, nunca disparó una sola bala. Su vida era ajena a matanzas y venganzas.

Aun así, al finalizar la carnicería hispano-marroquí en 1927, fue desterrado durante tres años en un presidio de una de las tres islas Chafarinas. Veinte años después cuando, en Suez, Abdelkrim se escapó del barco que lo traía de la Isla de la Reunión, donde estaba exiliado, para llevarlo a Francia, los militares españoles pensando que el ex Señor de Ajdir se preparaba para una nueva sublevación vinieron a por él. Sus torturadores fingieron fusilarlo incontables veces, lo golpearon durante semanas, y no lo creyeron cuando gritaba en medio del dolor que no sabía nada de mensajes ni de revueltas.

Lo dramático de todo es que el pobre desgraciado tenía razón. Exiliado político de lujo en El Cairo, donde se le rendía honores de jefe de Estado, el Gran Rifeño no volvió jamás a su país, y al morir en 1963, dejó escrito que no quería que su polvo volviera a la tierra de sus orígenes. La historia de "Chtaia" se terminó cuando Mohamed, héroe indígena del "Glorioso Alzamiento Nacional" de 1936, cubrió sus amplias espaldas de su inutilizado uniforme de Regular pinchado de cruces de guerra y de medallas de sufrimiento por la patria y fue a recuperar a su viejo en la comandancia de Alhucemas. Pero ya no había nada que recuperar. Lo único que trajo mi padre fueron unos harapos llenos de sangre y la atroz incertidumbre de no saber donde han ido a parar los restos de su progenitor